

## Sermón

25 enero 2009

Texto: Marcos 1:14-20

Al momento dejaron las redes y lo siguieron. Así nos dice el Evangelista Marcos. Jesús les había dicho a Simón Pedro y Andrés, y luego a Jacobo y Juan, “Sígueme.” Y así lo hicieron, al momento, o en seguida.

Hace algún tiempo vi un programa en el Canal de Discovery donde mostraban que el Mar de Galilea, donde pescaban Pedro, Andrés, Jacobo, y Juan, se ha ido secando en años recientes, igual como muchos otros lagos y mares en el mundo y en nuestro país. Al ir bajando el nivel del agua, de repente encontraron los restos de una barca de pesca que había estado bajo agua, que era de tiempos bíblicos, y que probablemente era igual a la que usaban los discípulos. Algo que sorprendió a muchos era el tamaño de la barca: era bastante grande, lo cual significaba que la tripulación que trabajaría en la barca era de un número considerable. Dijeron que esto significaba que si Simón, Andrés, Jacobo y Juan usaban barcas así, no eran personas pobres. Al contrario, tendrían varios empleados contratados. De hecho, nuestro texto indica que así era el caso con Jacobo y Juan, porque dice que dejaron a su padre en la barca con los jornaleros.

Eso significa que la idea que comúnmente tenemos de que los discípulos de Jesús eran hombres pobres es errónea. Probablemente tenían un buen negocio y bastantes recursos económicos. Así era el caso de Mateo el cobrador de impuestos, a quien Jesús también le dijo un día, así nada más, “Sígueme,” y Mateo lo dejó todo para hacerlo. Como cobrador de impuestos, Mateo sería un hombre bastante acomodado. No sabemos de todos los discípulos de Jesús, pero según la evidencia, si no serían hombres ricos, tampoco serían hombres pobres.

Si lo vemos así, es tal vez hasta más sorprendente que hayan dejado todo para seguir a Jesús, pues no estaban dejando tan poca cosa. Sin duda, si tenían un trabajo decente o un pequeño negocio, estaban cambiando una vida en la que tenían bastante seguridad y tal vez hasta ciertas comodidades para una vida de mucha incertidumbre. Ahora ¿de qué vivirían? Es sorprendente que no le hicieron esa pregunta a Jesús, ni otras que podríamos esperar de ellos: Si vamos contigo, Jesús, ¿adónde nos vamos a ir? ¿Qué vamos a estar haciendo? ¿De qué vamos a vivir? ¿Cuál es tu plan, tu proyecto?

De hecho, podemos saber con bastante seguridad que ni en sus sueños se imaginaban lo que pasaría después: Jesús sería crucificado, y ellos huirían temiendo por sus vidas. Luego lo verían resucitado de los muertos, y él los enviaría por todas partes del mundo como sus apóstoles para continuar con el trabajo que Jesús había iniciado. Tampoco se imaginaban cuál sería su fin: no sabemos de Andrés, pero Jacobo sería encarcelado y moriría ejecutado por el Rey Herodes unos 12 años después de la muerte de Jesús. Según la tradición, Pedro andaría viajando por todo el mundo, y después moriría también ejecutado, probablemente crucificado cabeza abajo, en Roma bajo el Emperador Nerón. Juan iría a vivir a Efeso y posiblemente pasaría sus últimos años desterrado en la Isla de Patmos, muy lejos de su casa, donde sería el único de los doce que moriría una muerte natural de anciano. ¿Cuál de ellos se iba a imaginar todo eso aquel día cuando Jesús les dijo, Sígueme, y dejaron todo atrás para seguirle?

A cada uno de nosotros, Jesús nos ha dicho lo mismo: Sígueme. Quiero que seas mi discípulo. Y así como fue con los primeros discípulos, responder a ese llamado no es

fácil. Sale caro. Porque exige de nosotros todo lo que somos y tenemos. Jesús no quiere solamente una parte de nosotros. Quiere toda nuestra vida. Quiere que le sigamos con la misma dedicación que sus primeros discípulos. Probablemente, en nuestro caso, eso no significa dejar nuestro trabajo o nuestras otras ocupaciones, como sucedió con los discípulos. Más bien, lo que significa es que toda nuestra vida sea transformada en otra, que seamos personas diferentes, personas que vemos nuestra vida en términos diferentes, como una vida dedicada al Señor para servir a los demás y seguir llevando a cabo el mismo proyecto de vida que Jesús comenzó hace dos mil años. Así debemos ver nuestro trabajo y nuestras ocupaciones diarias, no como algo que simplemente hacemos para nosotros o nuestros seres queridos, sino como parte de un proyecto de vivir para Jesús como su discípulo.

Eso es lo que Jesús quiere de ti. Quiere lo mejor que tienes y lo mejor de ti. Seguir a Jesús significa dedicarle tiempo a nuestra relación con él. Significa hacer sacrificios, no sólo el sacrificio de venir aquí a la iglesia y dar de nuestro tiempo y ofrendar nuestros recursos económicos. Significa hacer sacrificios en nuestra vida diaria, de darles a los demás de nuestro tiempo, interesarnos en su vida, buscar su bienestar. Significa también esforzarnos para ser las mejores personas que podemos ser con la ayuda de Dios. Darle a Jesús lo mejor de nosotros en realidad significa darles a los demás lo mejor de nosotros, porque eso es lo que él quiere de nosotros.

Y cuando hacemos eso, cuando seguimos a Jesús dándole a él y a los demás lo mejor de nosotros, hasta cierto punto no sabemos adónde nos va a llevar la vida. Jesús nos lleva a lugares nuevos en nuestra vida, lugares inesperados, a hacer cosas que jamás soñábamos que íbamos a hacer. Así como los primeros discípulos no sabían lo que les esperaba, cuando seguimos a Jesús no sabemos qué va a pasar en nuestra vida. Hay cosas nuevas, retos nuevos, cambios, sorpresas constantemente. No es fácil; puede haber a veces mucha incertidumbre. Pero podemos saber que, mientras sigamos unidos a él, todo saldrá bien. El nos cuidará, y llenará nuestra vida también de bendiciones inesperadas, sorpresas agradables, muchas satisfacciones muy grandes que no habríamos tenido si no le hubiéramos seguido como sus discípulos.

Lo que llama la atención de los primeros discípulos de Jesús, Andrés, Simón Pedro, Jacobo y Juan, es que a pesar de que no les fue fácil seguir a Jesús y tuvieron que dejar mucho, nunca se echaron para atrás. En cualquier momento podían haber regresado a su vida anterior, a las comodidades y las seguridades que habían tenido antes. Pero no lo hicieron, aun cuando tuvieron que sufrir y soportar muchas cosas y hacer muchos sacrificios, inclusive el sacrificio de su misma vida. Porque descubrieron que, con todo eso, no había ninguna vida comparable, ninguna vida que se podía igualar en satisfacciones y alegrías y bendiciones, como una vida siguiendo a Jesús.

Hoy y todos los días, Jesús te invita a descubrir lo mismo, descubrir que mientras más fielmente sigas a Jesús, a pesar del costo y los sacrificios, no hay ninguna vida que pueda ofrecerte más satisfacciones y alegrías y bendiciones. No te apartes de Jesús. No te echés nunca para atrás. Al contrario, síguele dondequiera que te lleve. Síguele, como sus primeros discípulos, y descubrirás lo que descubrieron ellos: que no hay ninguna vida mejor que ésa. Amén.